

SAN FRANCISCO Y LA CREACIÓN*

No se conocen muchos hombres, –quizá ninguno en la historia de la cultura occidental– que hayan sido tan sensibles al maravilloso espectáculo de la naturaleza como el santo de Asís, san Francisco, que con mucha emoción vibraba de gozo y alegría ante el paisaje de montañas, valles, ríos y la belleza de las flores, animales y otros seres inanimados. Sensible a la belleza y a la luz, artista y poeta, Francisco está, pues, dispuesto a instituir una relación justa con las criaturas: por el contrario, el hombre moderno, industrial, no acepta su situación de criatura, se sitúa por encima de la naturaleza para dominarla y someterla a sus proyectos; Francisco se acerca a las criaturas con simpatía, con sentimientos de fraternidad arraigada en el descubrimiento de la paternidad común de Dios; así trazó el camino a seguir para mejorar la condición de la vida.

Al descubrir la naturaleza, él ha revalorizado al mismo tiempo al hombre en su integridad, porque, en la agresión planificada del entorno, la naturaleza es sacrificada pero también el hombre es disminuido en su ambiente afectivo y social; el hombre desligado de la naturaleza es un desarrai-

* Conferencia pronunciada en el monasterio ortodoxo de Nuevo Válanu (Finlandia) en el contexto del XXXI Encuentro Internacional de religiosas: “La vie religieuse et la sauvegarde de la création”, julio de 2004. Los artículos siguientes son también conferencias pronunciadas en dicho Encuentro. Traducción del italiano de la Dra. Rosa M^a Herrera.

gado y no puede ser más que un inadaptado. La experiencia de san Francisco con la naturaleza no es un episodio ni un sector aislado de su vida: expresa una visión unitaria y de síntesis de toda la realidad que abarca el mundo en sus relaciones con Dios. Sólo en esta visión unitaria se puede leer la experiencia y el mensaje de san Francisco: una mirada y una aproximación al mundo hecha por quien se ha encontrado con Dios: este Dios que ha creado el mundo y lo ha renovado en la Resurrección de Cristo. La experiencia de Francisco arraigada en una visión bíblica del mundo, es una respuesta a las necesidades profundas y a los sueños de todos los hombres; de ahí la significación en el diálogo ecuménico, interreligioso y cultural.

1. FRANCISCO, CANTOR DE LA CREACIÓN

a) *El estupor y el canto del pobre*

San Francisco ha sido definido muchas veces como el cantor de la creación. Aunque esta denominación se ha convertido en un lugar común, sin embargo, toca un punto focal no simplemente respecto a la relación de Francisco con la naturaleza, sino también de su propia personalidad. En efecto, en sus relaciones con la creación, Francisco manifiesta la imagen más auténtica de sí mismo, hombre nuevo, regenerado, que vive ya la vida reconciliada de la resurrección.

Y esta experiencia de vida y de pobreza evangélica, al contrario de los reformistas de su tiempo, la expresa, no con la contestación o la polémica, sino con el canto. Es el modo original y experiencial de vivir y de anunciar las bienaventuranzas: la pobreza, el desprendimiento, la fraternidad son en él una verdadera bienaventuranza, el canto de la vida.

Al margen de este contexto no se comprenderá nunca la pobreza de san Francisco, que no es renuncia, sino liberación de un vínculo con lo *particular* para abrirse a la acogida y la comunión universal. La pobreza, en lugar de privarle de ella, pone en manos de san Francisco la creación entera; es su guardián fiel, porque en su profunda experiencia religiosa ha reencontrado la humildad de sentirse criatura entre las criaturas, y por tanto hermano entre hermanos y hermanas.

El camino que le ha conducido a Dios, en lugar de convertirlo en extranjero en el mundo le hace descubrir la creación. Cada criatura tiene un significado y una voz que dice: “¡Dios me ha creado para ti, hombre!” (Spec 118, FF 1818).

Gracias a este sentimiento de fraternidad él invita a las criaturas a cantar. Celano dice a este respecto: “Varias veces, encontrándose de viaje y meditando o bien cantando a Jesús, se olvidaba de que estaba de viaje y se paraba para invitar a las criaturas a la alabanza de Jesús” (1Cel 115, FF 522). Francisco ama a la alondra porque “al volar alaba al Señor dulcemente, como los buenos religiosos que, desligados de las cosas del mundo, viven siempre vueltos hacia el cielo, y su voluntad no desea otra cosa que la alabanza de Dios” (Spec 113, FF 1813). La celebración de la Navidad de Greccio es una gran sinfonía que reúne a los hombres y a la naturaleza: “esta noche es clara como el mediodía y dulce para los hombres y los animales. Las gentes vienen y gozan con una alegría jamás probada, ante el nuevo misterio. El bosque resuena de voces y las poderosas rocas cantan las fiestas. Los hermanos cantan alabanzas elegidas al Señor, y la noche parece estremecerse de alegría” (1Cel 85, FF 469).

Toda la vida de Francisco, hasta sus últimos instantes, fue un canto, y sin embargo, no en solitario, sino a coro entre todas las criaturas con las que se había reconciliado. “Pasaba el día en himno de alabanza, invitando a sus compañeros muy queridos a alabar con él a Cristo. Después, como pudo, estalló en este salmo: Con mi voz he gritado al Señor, con mi voz he pedido auxilio al Señor. Invitaba también a todas las criaturas a la alabanza a Dios, y con algunos versos que él había compuesto desde hacía tiempo, exhortaba al amor divino. También la muerte, terrible y odiosa para todo el mundo, exhortaba a la alabanza y él iba a su encuentro alegre, invitándola a ser su huésped: ¡sea bienvenida, mi hermana la muerte!” (2Cel 217, FF 809).

¿Cuál es la fuente de este canto que no puede contener? “Un profundo asombro y siempre nuevo frente al amor que nos ha sido revelado en el Hijo; un amor totalmente gratuito, al que debemos todo”.

b) *La oración contemplativa: la Regla “non bolata” c.23*

Este asombro profundo lo experimenta Francisco de modo eminente en el capítulo 23 de la Regla *non bolata* (FF 63-73). Este texto, que puede ser definido como una oración contemplativa, se lee como la manifestación de la profunda experiencia mística de Francisco. Es un canto al Padre a través del Hijo en el Espíritu Santo con la asociación del destino de toda la creación. La primera parte (Edición crítica Esser 1-6; FF 63-67), proclama en himno de alabanza y de acción de gracias, el momento fundamental de la historia de la salvación: la creación, la redención y el retorno de Cristo, las tres grandes revelaciones de Dios. El asombro y la maravilla de Francisco se detienen sobre todo en la obra de la creación: “Todopoderoso, altísimo, santísimo y supremo Dios, Padre santo y justo, Señor del cielo y de la tierra, por lo que tú eres te damos gracias, porque por tu santa voluntad y por tu Hijo único en el Espíritu Santo has creado todas las cosas espirituales y corporales, y a nosotros, hechos a tu imagen y semejanza, nos has colocado en el Paraíso y nos has curado de nuestras faltas”.

A partir de esta contemplación del amor de Dios, nace el canto que quiere expresar el agradecimiento y la respuesta total al amor, con la invitación a todos los hombres a recordar las maravillas de Dios; esto es lo que encierra la segunda parte del cántico (Edición Esser 7-11; FF 68-73): “Amamos al mundo con todo el corazón, con toda el alma, con todo nuestro espíritu, con toda la capacidad y la fuerza, con toda la inteligencia, con todas las fuerzas, con todo el impulso, con toda la afección, con todos los sentimientos más profundos, con todo el deseo y la voluntad al Señor Dios, que nos ha dado y nos da el cuerpo, el alma, la vida: que nos ha creado y rescatado, y que nos salvará gracias a su misericordia. Él que obra en nosotros todo bien y colma de podredumbre a ingratos y malvados” (FF 69).

En la contemplación viva de la creación, Francisco descubre al Creador; de ahí, nace el amor universal que suscita el canto y se remonta a la fuente de toda criatura.

c) *El cántico de las criaturas*

Francisco expresa su profunda unión con Dios y con las criaturas sobre todo en el cántico de las criaturas, o bien, como él lo ha definido, “cántico del hermano sol, que es la más bella de las criaturas y se parece a Dios” (Leg 43; FF 1591).

“Ejemplo excelente de la poesía mística, revela la experiencia que él (Francisco) tuvo de la unidad y la coherencia fundamental de la realidad. Francisco no se veía como un objeto aislado frente a otros objetos del mundo. Se veía como un centro de amor en una fraternidad universal y lo expresó en el Cántico”. Por ello se puede definir el cántico como “una oración de alabanza pensada por Francisco en forma de acción litúrgica, es decir, de acto de culto solemne y universal, en el que la humanidad y la creación entera son invitadas a participar con la palabra, con el ser y con la vida”.

El Cántico hace reconocer solemnemente el valor y la belleza de la creación, en una profunda adhesión al mundo y a las cosas. Y sin embargo, incluso en el éxtasis contemplativo del universo, no se ha vuelto hacia las criaturas, porque uno no puede fijar los ojos en ellas, el pensamiento y el sentimiento del hombre purificado y transformado por el amor divino: es el Señor quien tiene la alabanza “para” es decir, *a causa* de ellos, *gracias a* y sobre todo por medio de sus criaturas. Es la experiencia profunda de pobreza lo que le permite no detenerse en las criaturas en una relación directa y exclusiva, o en una actitud de posesión. “Como los tres niños arrojados al horno ardiendo invitaban a todos los elementos a glorificar y bendecir al creador del universo, así este hombre, lleno del espíritu de Dios, no se cansa de glorificar, alabar y bendecir, en todos los elementos al Creador y gobernador de todas las cosas (1Cel 80, FF 459). Lo que exaltaba y conmovía a Francisco es la realidad que su ojo límpido descubría más allá de la criatura: “pues a ti, Altísimo, te significa”.

No hay que maravillarse, pues, si incluso elementos como el fuego, el viento... hayan perdido toda traza de agresividad o destrucción, que en la experiencia habitual está vinculada también a los elementos benéficos como el sol y el agua. Francisco transfiere su profunda experiencia de reconciliación con los hombres y la creación, borra toda dualidad que, por su naturaleza, impone una elección y un rechazo; se

encuentra en contacto sólo con sus hermanos: los hermanos de su Orden, los hermanos leprosos, los hermanos ladrones, el hermano lobo, hermano fuego y hermano viento. Todo es transformado y asume un significado nuevo.

Es así como en el Cántico tenemos una de las más profundas expresiones de la experiencia espiritual de Francisco que, al celebrar la creación, expresa el sueño profundo que es suyo y de toda la humanidad; en efecto, su canto no nace de la nostalgia de un mundo que ya no está ahí, o de un paraíso perdido, sino que ha experimentado una reconciliación completa que le ha hecho sentir la tierra prometida de un mundo nuevo, ya transformado por el poder de la resurrección; es el canto nuevo de la criatura nueva.

2. EXPERIENCIA BÍBLICA

Es una profunda experiencia bíblica la que pone a Francisco en esta relación con la naturaleza. Un punto clave para comprender esta radicación bíblica es la Carta a todos los Fieles: “Y porque sufrió por nosotros y nos ha concedido dones seguirá haciéndolo en el futuro, que cada criatura, en el cielo, sobre la tierra y en el mar y en lo profundo del abismo, alabe Dios, lo glorifique y honre y bendiga porque él es nuestra virtud y nuestra fortaleza” (Lf 10, 61; FF 202). En resonancia evidente del cántico de los rescatados de Ap 5, 13 del que se hace eco en el Cántico nuevo que los rescatados elevan al Cordero (Ap 5, 9s), todas las criaturas son tomadas como glorificación del Creador y del redentor gracias a la obra redentora del que “sufrió mucho por nosotros y nos ha concedido numerosos dones”.

En el fondo está la visión de Rm 8, 19-23: el universo entero participa en la redención del hombre, como fruto de la resurrección de Cristo: “Romanos 8, 19-23, pues la Creación expectante aspira a la revelación de los hijos de Dios: si fue sometida a la vanidad –no porque lo haya querido, sino a causa de aquel que se la sometió– es con la esperanza de que también ella sea liberada de la servidumbre de la corrupción para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Nosotros lo sabemos, en efecto, toda la creación hasta este día gime con dolores de parto. Y no sólo ella: nosotros mismos que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos también interiormente en la espera de la redención de nuestro

cuerpo”. Esta inclinación es perceptible sólo por aquel que ve en la creación la obra del creador y al mismo tiempo la maldición a la que está sometido a causa del pecado de Adán (Gn 3, 16-19) esta responsabilidad y respeto hacia la naturaleza nacen por la conciencia de la fe de que Dios mismo está presente en la creación como su creador y de que gime y sufre a causa de la contradicción entre su situación actual y el destino final que Dios ha establecido, alimentada en la espera, mejor dicho, en la esperanza de que Dios, a su tiempo, eliminará esta contradicción.

La realización de este proyecto de Dios, Pablo la ve inaugurada con la resurrección de Cristo: por esto la redención y la paz de Cristo tienen un valor cósmico (Col 1, 20; Ef 1, 10).

Esta visión bíblica está en la base de la inspiración de Francisco y sólo ella da razón de su canto y de su actitud con relación a la naturaleza: en diversas expresiones de Francisco sobre el tema de la creación, la alusión o la referencia bíblica es evidente. No es de extrañar, pues, que sus biógrafos vean en él al hombre bíblico ya reconciliado, la nueva criatura en sintonía con esta creación que es considerada ya como el cielo nuevo y la tierra nueva: “Si veía flores, se detenía a predicarles y las invitaba a amar y alabar a Dios, como a seres dotados de razón”.

Llamaba a todas las criaturas “hermano y hermana”, capturando su secreto de modo admirable y no conocido por ningún otro, porque había conquistado la libertad de la gloria reservada a los hijos de Dios (1Cel 81, FF 460-461). Sobre el fondo de la visión bíblica del paraíso de los orígenes y de la nueva creación es como Celano y Buenaventura ven a Francisco dialogar con todas las criaturas armonizando su voz con ellas (1Cel 58-59, FF 424-426; Lm 8,9, FF 1154-1155). No es extraño, pues, si los animales aterrorizados por la presencia agresiva de otros hombres al percibir y experimentar en él un verdadero protector buscaban refugio en él (1Cel 60-61, FF 427-428; 1Cel 77-79, FF 455-457; Lm 8-6, FF 1145; Lm 8-8, FF 1150; Fio 22, FF 1853).

La estrofa con la que Celano nos presenta la síntesis de esta actitud de Francisco con relación a la creación está llena de referencias bíblicas: del Génesis a los Salmos, al Cantar de los Cantares, a la Sabiduría, hasta el Nuevo Testamento (2Cel 165, FF 750); incluso la primitiva hagiografía es una lectura bíblica de la experiencia de Francisco.

3. LA EXPERIENCIA DE SAN FRANCISCO Y EL DIÁLOGO ECUMÉNICO, RELIGIOSO Y CULTURAL

La experiencia de Francisco, gracias a sus raíces bíblicas es el equilibrio reencontrado entre el verdadero valor del hombre y del mundo; es significativa con relación al diálogo ecuménico, religioso y cultural.

Ante todo puede construir un punto de referencia y una sólida plataforma; será suficiente considerar el Cántico de las criaturas. Compuesto en el sufrimiento de la muerte, expresa un gozo profundo y una adhesión al mundo, a la materia; es un *Si* al esplendor del universo. Una afirmación del valor de los seres y de las cosas, tal como los hemos recibido de las manos del Creador.

En esta visión bíblica y positiva del mundo el trabajo asume también una nueva dignidad. Para el hombre rescatado el trabajo no es un castigo: “Y Yahvé Dios lo envió al jardín del Edén para cultivar el suelo del que había salido” (Gn 3, 23), pero la misión es confiada al hombre como coronamiento de la obra de la creación: “Yahvé Dios tomó al hombre y lo estableció en el jardín del Edén para cultivarlo y guardarlo (Gn 2, 15). El hombre sin pecado, que todavía no ha dañado la imagen de Dios no es comprensible sin el trabajo; su imagen y su crecimiento estarían comprometidos y al mismo tiempo el mundo sufriría, destinado a progresar, a expresar todas sus energías bajo la amorosa mirada del hombre que lo cultiva y salvaguarda de toda explotación egoísta.

Por esto san Francisco, hombre rescatado, puede hablar de la *gracia* del trabajo (Rb 5, FF 88); es reconocer el trabajo en cuanto vocación del hombre en el mundo, criatura de Dios. El trabajo, pues, no es un atentado a la dignidad del hombre y a la integridad de la naturaleza, es un vínculo para un crecimiento común. No tiende a la realización de un capital productivo para la posesión, sino para la verdadera calidad de vida; el verdadero capital son los dones típicos del hombre. Es el motivo por el que el trabajo no puede estar sometido o condicionado por la aspiración del salario o de la cantidad de la recompensa: “como recompensa del trabajo para sí mismo y para los hermanos, reciben las cosas necesarias para el cuerpo... y esto con humildad como conviene a los servidores de Dios” (Rb 5, FF 88): en el trabajo permanecen siempre y

exclusivamente como servidores de Dios, y no sometidos al producto: “y yo trabajaba con mis manos, y deseo trabajar, y todos los demás hermanos quiero que trabajen en un trabajo honesto. Los que no saben, que aprendan, no por el deseo de recibir la recompensa del trabajo, sino para dar ejemplo y permanecer lejos de la ociosidad. Cuando no se da la recompensa del trabajo, recurrimos a la mesa del Señor pidiendo limosna a las puertas de las casas (2Tes 24-26, FF 119-120). Ni siquiera el trabajo es un instrumento de posesión. La “mesa del Señor” preparada por la caridad de todos, que pone a disposición de los que tienen necesidades las cosas creadas por el Señor, puede reemplazar la recompensa que no se ha tenido. El trabajo tiene una dignidad y una función demasiado alta para poder capturarla con la finalidad de la recompensa. A causa de esta motivación Francisco no puede tolerar la ociosidad, o bien común “hermana mosca”, que permanece “ociosa en la obra de Dios” (2 Cel 75, FF 663; 2Cel 161, FF 754).

Es el trabajo, entendido como *gracia* el que salvaguarda la libertad del hombre, favoreciendo el crecimiento para convertirse en factor de progresión y de salvaguardia de la integridad de la naturaleza. Francisco interpreta, de este modo la aspiración profunda de cada hombre, y su canto es un mensaje que puede unificar las aspiraciones y el compromiso de todos los que no están condicionados por ninguna barrera. Esta significación universal de la experiencia de Francisco nace de un vínculo de fraternidad universal que florece de la paternidad única de Dios: “El apelaba a las criaturas, incluso las más pequeñas, con el nombre de hermanos o hermanas: sabía bien que todas provenían, como él de un único principio” (Lm 8,6, FF 1145).

Estas consideraciones pueden ayudarnos a echar una mirada más próxima a la visión bíblica sobre un problema específico debatido a nivel ecuménico y que por otra parte ha asumido como caracteres confesionales: es el problema de la revelación natural. Francisco alaba al Señor por el hermano sol, porque “de ti, Altísimo obtiene significado” (Cant 4, FF 263); su actitud con relación a las criaturas es interpretada así por Celano: “no encontraba una ayuda pequeña en las cosas que están en el mundo. En efecto, se servía de ellas... a modo de un espejo muy limpio. En cada obra alababa al Autor: todo lo que encuentra en las criaturas, lo refiere al Creador” (1Cel 165, FF 750); y Buenaventura añade: “Contemplaba, en las

cosas bellas, al más Bello, siguiendo las hormas impresas de las criaturas, perseguía en todas partes el Bien. Amando todas las cosas se hacía una escalera para subir y atrapar al que es en todo deseable” (Lm 9,1, FF 1162); y además el Espejo de perfección: “Completamente absorbido en el amor de Dios, Francisco veía la perfección de la bondad de Dios no sólo en el alma, ya espléndida de toda perfección de virtud, sino también en todas las criaturas. Y por esto se volvía, con cálido afecto a las criaturas, en particular a aquellas en las que veía las huellas de una cualidad de Dios o de algo que se asemejaba a la vida religiosa” (Spec 113, FF 1813). Esta posibilidad de remontar la creación hasta Dios no es ciertamente una empresa humana, unirse con autonomía a Dios; es el ojo puro, transparente y que ha conquistado la visión unitaria y sintética de todas las cosas, vinculadas a la fuente: una percepción de la presencia de Dios en la naturaleza.

Francisco, que sabe leer la revelación de Dios en la Palabra y en la historia, sabe descifrar también en la naturaleza la presencia y la voz de Dios porque, para el que está atento “los cielos cuentan la gloria de Dios y la obra de sus manos, el firmamento lo anuncia... en toda la tierra se adivinan los rasgos y las palabras hasta los confines del mundo” (Sal 19, 2-6). Y haciéndose eco del libro de la Sabiduría san Pablo dice: “Lo que hay de invisible desde la creación del mundo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras, su eterno poder y su divinidad, de modo que son inexcusables” (Rom 1, 20). Un ojo más límpido, una sensibilidad más obediente a la guía del espíritu y una visión más cercana a la Biblia podrían liberarnos de los límites de muchos de nuestros sistemas y teoremas, dejándonos descubrir la presencia de Dios allí donde actúa, sin divinizar la huella y sin atribuirnos capacidades. La experiencia de Francisco es un ejemplo de esta pureza de mirada, de esta libertad confiada al espíritu de este encuentro feliz con Dios en la creación; puede ayudarnos a no confundir la revelación de Dios en la naturaleza con la revelación natural.

En esta relación de Francisco con la creación no podemos olvidar subrayar un último y significativo aspecto ecuménico: la actitud de Francisco es la expresión del hombre reconciliado que se convierte en promotor de pactos de reconciliación; se puede pensar en el episodio de la cigarra que, por orden de Francisco, canta y alaba a Dios el creador (Lm 8,9, FF 1155); al halcón con el que Francisco se alía con un pacto de

intensa amistad (Lm 8,10, FF 158); y sobre todo con el lobo de Gubbio (Flor. 21, FF 1852). Más allá de las interpretaciones posibles o referencias históricas, se puede señalar como espontánea la reconciliación de Francisco con el lobo: desde entonces, una vez que Francisco se ha convertido en garante para el animal que observará el pacto de paz, va a nacer la reconciliación entre el lobo y el pueblo. La reconciliación con Dios rompe la pretensión egoísta de autonomía y de dominio del mundo, y lleva, pues, a la reconciliación con todas las criaturas; nace de ahí el espíritu de pobreza que reconoce y devuelve todas las cosas a Dios, suprimiendo así todo deseo de competencia y divisiones entre los hombres: es el camino para la reconciliación entre los hombres. Sólo así se puede comprender cómo el *Cántico de las criaturas* puede reconciliar al Obispo y el maestro de Asís (Leg p. 44, FF 1593): la reconciliación con Dios y la creación madura en la reconciliación fraterna.

CONCLUSIÓN

El Cántico de las criaturas, expresión eminente de la reconciliación universal, es compuesto cuando Francisco ha cumplido en plenitud su vida sobre la tierra y ha tenido, por Dios, la seguridad de poseer su Reino. Entonces él dice a sus hermanos: “Quiero, para su alabanza y mi consuelo y para la edificación del prójimo componer una nueva Alabanza al Señor por sus criaturas. Cada día utilizamos sus criaturas y sin ellas no podremos vivir, y en ellas el género humano ofende mucho al Creador. Y cada día mostramos nuestra ingratitud por este gran beneficio y no alabamos como debería hacerse a nuestro Creador y dador de todo bien” (Leg p 43, FF 1592). Francisco quiere que el canto de estas alabanzas concluya toda predicación de los hermanos; el Cántico, en efecto, debe orientar todos los contenidos y constituir el espíritu del anuncio del mensaje evangélico. Por esto lo deja como tarea insigne a sus hermanos: “¿Qué otra cosa son los servidores de Dios, más que juglares que deben conmover los corazones de los hombres y elevarlos al gozo espiritual?” (Leg p 43, FF 1592).

P. STEFANO CAVALLI, ofm
Italia

SUMMARY

All the articles in this edition have some reference to a single theme, namely “Religious Life and Ecology”, which was the subject of an International Ecumenical Meeting of Religious held in the Orthodox Monastery of New Válamö (Finland) in the summer of 2004. This first article examines the relationship between the life and thought of St Francis of Assisi and his reflections on nature. The Franciscan Religious Stefano Cavalli shows the strong affinity between the spirituality of poverty, of divine son-ship and of humility in the saint of Assisi, and the consideration of nature as God’s creation which has to be loved and respected. It speaks to us of the creator and carries within it the imprint of God’s love for all created things. The “Canticle of Creation” is the best expression of Francis’ thought, written in his latter days and showing also how everything for the saint flowed from his meditation on Sacred Scripture.